

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5, 1-7): *¿Qué más cabía hacer por mi viña?*

Salmo (79, 9 y 12.13-14.15-16.19-20): *«La viña del Señor es la casa de Israel»*

2ª lectura (Filipenses 4, 6-9): *Lo que aprendisteis y visteis, ponedlo en obra.*

Evangelio (Mateo 21 33-43): *Construyó un mundo y nos lo dio para disfrutarlo.*

La humanidad debería ser: una familia de hermanos, como dice el artículo 1 de los Derechos Humanos. Y el mundo es nuestro hogar, la casa común que compartimos con los demás seres vivos.

La ecología se preocupa de esta casa común, de su buen uso y de los cuidados que necesita para que se mantenga en condiciones óptimas para todos. Pero desgraciadamente no le prestamos demasiada atención: la contaminación, la acumulación de basuras en el fondo de los océanos, la explotación insostenible de energías no renovables (gas y petróleo, sobre todo), el calentamiento de la tierra y un largo etcétera, son los principales males que afectan a nuestro planeta.

La economía, por su parte, se preocupa de la explotación de los recursos que ofrece la naturaleza para satisfacer las necesidades de todos y cada uno. Tampoco en este caso hemos acertado con un sistema de funcionamiento que garantice los derechos de todos: una casa, un trabajo, unos dignos medios de vida, alimentación, educación... Se ha optado por un sistema que favorece al capital (una minoría que acapara los recursos), en detrimento de la inmensa mayoría.

No importa que el planeta se destruya, con tal de que no se mermen las ganancias del capital. A pesar de las constantes denuncias de los peligros de la degradación del medio ambiente y de la naturaleza. Buenas palabras, buenos deseos, pero ninguna decisión seria. ¿Y si ya es demasiado tarde? No vale la excusa de que yo no puedo hacer nada. Puedes, podemos hacer muchísimos pocos, por ejemplo, reciclando. Y, sobre todo, tenemos que hacer mucho, no callando y encogiéndonos de hombros como si no pasara nada.

La parábola de este domingo, pone el énfasis en la pretensión de los viñadores que, no contentos con su trabajo y salario, quieren hacerse también con la viña, sin ahorrar en medios, incluso matando al propietario. De este modo Jesús denunciaba la actuación de los dirigentes de Israel y anunciaba su muerte. Pero, como siempre, la parábola va mucho más allá y pone en la picota a todos los que instrumentalizan el poder para su beneficio en contra de los otros, sean los creyentes de las religiones o los ciudadanos de los pueblos. Son demasiado los casos de corrupción en la política y no pocas las veces que la jerarquía y los que nos llamamos “cristianos”, erigiéndonos en fiscales de la fe, cerramos las puertas de Iglesia a los “pecadores”. Ya nos lo advirtió el Papa: “hay que adorar a Dios, no tratar de controlarlo”.

Algo semejante ocurre a nivel planetario, no conforme con aprovechar y disfrutar de la creación que el Señor nos ha regalado para que seamos felices, hemos prescindido del plan de Dios y pretendemos utilizar la creación al servicio, no de “todos” los seres humanos, como Dios manda, sino del capital, es decir, de unos pocos que lo acaparan y tratan de rentabilizar sin miramientos, explotando sus recursos tanto materiales (la naturaleza), como humanos (los trabajadores).

De esta suerte estamos poniendo el mundo al servicio de unos pocos que lo controlan, negando o dificultando la posibilidad de supervivencia a multitudes inmensas, y rebajando las legítimas aspiraciones de la inmensa mayoría de seres a los que les negamos su derecho a una vida digna y nos cargamos el planeta.

El afán de beneficios y la acumulación de capital cada vez mayor, hacen que se menosprecien las consecuencias de una explotación abusiva e insostenible, que no tiene en cuenta las necesidades de los países emergentes y pone en riesgo a las nuevas generaciones e incluso el futuro del planeta. Lo que demuestra que no solo está en peligro el planeta, sino nuestra propia civilización, incapaz de reaccionar ante el peligro.

La parábola termina con una llamada a la responsabilidad. **«¿Qué hará el amo cuando vuelva?» -¿Qué podemos hacer para que no suceda lo peor?-. No podemos quedarnos cruzados de brazos, a verlas venir. Lo más fácil es dejar que todo siga igual, que los unos busquen incrementar su negocio y seguir explotando y esquilmando el planeta y que los demás callen y vayan a lo suyo. Todos tenemos la palabra y la iniciativa.**